





Antoine de  
Saint-Exupéry





Antoine de  
Saint-  
Exupéry

---

*Virgil Tanase*

Tanase, Virgil

Antoine de Saint-Exupéry. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires. : El Ateneo, 2015.  
352 p. ; 23x16 cm.

Traducido por: Claudia Lipovesky  
ISBN 978-950-02-0858-1

1. Saint-Exupéry, Antoine de. Biografía. I. Lipovesky, Claudia, trad. II. Título CDD 927

*Antoine de Saint-Exupéry*

Título original: *Saint-Exupéry*

Autor: Virgil Tanase

© Editions Gallimard 2013

Traductora: Claudia Lipovesky

Diseño de tapa: Eduardo Ruiz

Derechos exclusivos de edición en castellano para América latina y los EE. UU.  
Prohibida la venta en España

© Grupo ILHSA S. A. para su sello Editorial El Ateneo, 2015

Patagones 2463 - (C1282ACA) Buenos Aires - Argentina

Tel: (54 11) 4943 8200 - Fax: (54 11) 4308 4199

editorial@elateneo.com - www.editorialelateneo.com.ar

1ª edición: mayo de 2015

ISBN 978-950-02-0858-1

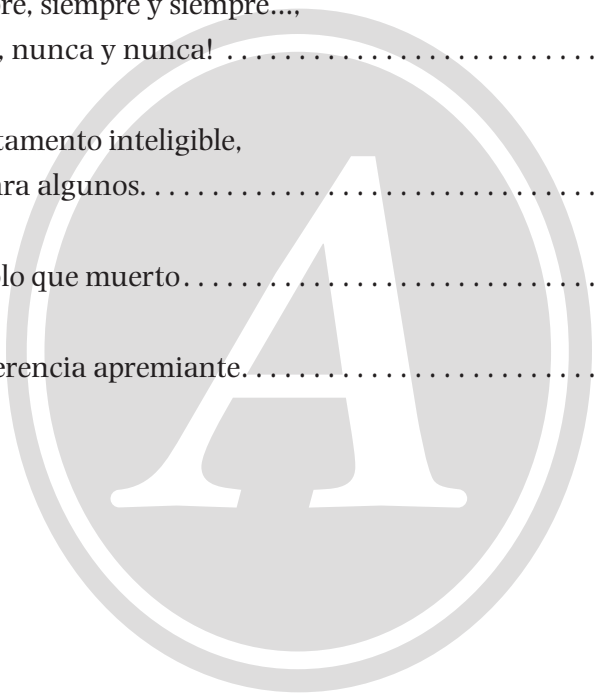
Impreso en El Ateneo Grupo Impresor S. A.,  
Comandante Spurr 631, Avellaneda,  
provincia de Buenos Aires,  
en mayo de 2015.

Queda hecho el depósito que establece la ley 11.723.  
Libro de edición argentina.

# Índice

1. Una herencia apremiante.....	9
2. Un salón muy concurrido.....	25
3. Un novio sin dinero.....	39
4. Un novio que no es más lo que era.....	55
5. Las baratijas de una virgen.....	71
6. Un libro que solo trata de la noche.....	91
7. Una revancha tropical.....	111
8. El lanzamiento de la jabalina.....	143
9. Tres botellas.....	163
10. Guerras y revoluciones.....	179
11. La espantosa libertad de no ser, en absoluto.....	195
12. La tela soberana.....	211

13. La ausencia de viento en Bathurst .....	233
14. Como un pescado en la playa .....	251
15. Incluso el perro Taïaut... ..	271
16. ¡Siempre, siempre y siempre..., nunca, nunca y nunca! .....	283
17. Un testamento inteligible, solo para algunos. ....	297
18. Más solo que muerto.....	321
19. Una herencia apremiante.....	341





## Una herencia apremiante

Quería hacerse oficial de marina y terminó como aviador.

Sin haber conseguido integrar la marina, Antoine de Saint-Exupéry piensa en una carrera de arquitecto. Se inscribe en Bellas Artes, que abandona después de algunos meses, sin sospechar jamás que podría dar continuidad a sus modestas producciones literarias de la adolescencia, donde sería ingrato buscar atributos excepcionales de autor. Finalmente, convertido en escritor, casi por accidente, querría escribir novelas. No llega a hacerlo, obligado a refugiarse en un género inventado, tan lejos de sus modelos literarios, que solo persevera en esa vía forzado por las circunstancias. Consagra sus fuerzas a una obra que jamás tomó forma, como se necesita para esos libros dedicados a drenar la experiencia de toda una vida, y que sería ilegítimo concluir antes de llegar al término de la suya. Poco a poco, ciega y laboriosamente, probando “hacer lo mejor“, como lo dice en una de sus últimas cartas, se hizo a sí mismo y aprovechó coyunturas que, diferentes, habrían podido conducirlo a otro lugar, lejos de la literatura y de la aviación, pero que no habrían podido impedirle construir, con estos materiales improvisados, un destino prodigioso. Era un hombre persuadido de que la vida solo vale por el sacrificio que se hace en nombre de un deber absoluto, de una evidencia indiscutible, hacia los demás. Es lo que, antes, se llamaba honor, un

sentimiento que no se transmite por los genes, pero que se nutre de respeto de ciertas obligaciones imperativas e incluso peligrosas, un respeto que es el privilegio de una larga descendencia, de la que se es, se quiera o no, heredero.

Las incertidumbres de la historia son demasiado profundas para permitir buscar los orígenes de la familia de Saint-Exupéry en las convulsiones de ese tenebroso siglo v, en el que la reputación de Exuperio, obispo de Tolosa, se extiende hasta el Oriente. San Jerónimo, que se encuentra allí, elogia su caridad: se privaba de alimentos para dárselos a los pobres y, para la misa, ofrecía el cuerpo y la sangre de Cristo en vasos comunes, ya que había vendido la patena y el cáliz en beneficio de los necesitados. Da su nombre a un pueblo del Lemosín, que linda con Ussel.

Los señores de la región habrían tomado el nombre de esta tierra. ¿Cuándo? ¿Cómo? Nadie lo sabe. Sin embargo, está establecido que en el siglo xi, un Pierre y un Robert de Saint-Exupéry tienen posesiones en la frontera de Lemosín con Dordoña. Sus descendientes adquieren otras propiedades en el Perigord y en Lot.

Lo mismo sucede por el lado de los ancestros maternos de Antoine de Saint-Exupéry. Un De Lestrangle, también originario de Lemosín, acompaña a Guillermo el Conquistador a Inglaterra, y toma parte, en 1066, de la batalla de Hastings. Un Audoin de Lestrangle participa en la Segunda Cruzada. Los Boyer de Fonscolombe, con los que están relacionados a continuación, figuran en los documentos recién a partir del siglo xvi. Pertenecen a la nueva nobleza de toga que, a través de matrimonios prestigiosos, llevan su fortuna a las viejas familias, a menudo empobrecidas. Sus nombres ilustres se cruzan con otros que no lo son menos, de suerte que, al final del Antiguo Régimen, sus descendientes se

encuentran ligados por parentescos más o menos alejados a las más prestigiosas familias del reino de Francia.

En el siglo XVIII, George Alexandre Césarée de Saint-Exupéry participa en la guerra de la Independencia norteamericana, cuyo desarrollo cuenta en una *Relación*. Después de la Revolución, sirve en el ejército del príncipe de Condé. Bajo la Restauración, su hijo, Jean Baptiste, vende la tierra familiar de Saint-Amans, en Quercy, se instala en Burdeos, se casa con la hija de un rico negociante, y adquiere, en Margaux, el dominio del castillo Malescot. Su viuda lo vende, en 1853, arruinada por los estragos de la plaga filoxera, que le hace perder lo poco que su marido no había disipado en el curso de una vida dispendiosa. Su hijo primogénito, Fernand, conde de Saint-Exupéry (1833-1919), el abuelo de Antoine, vive su juventud con indolencia y agota los últimos recursos familiares. Su matrimonio, en 1862, con Elisabeth, la hija del barón de Trélan, no ordena sus asuntos, y se ve obligado a solicitar un puesto en la administración. Subprefecto, bajo el Segundo Imperio, e intendente militar durante la guerra de 1870-1871, se niega a servir a la República. Se instala en Le Mans, a la cabeza de una compañía de seguros. En su tiempo libre, escribe vagas memorias, clasifica los archivos familiares y le complace leer las diversas obras de su muy rica biblioteca.

Su hijo, Jean de Saint-Exupéry, crece en Le Mans con su hermana Amicie, la futura señora Sidney Churchill, y su hermano Robert. Pasan felices vacaciones en un pequeño castillo del Loira, propiedad de su tío, De Sonnay. Otras tres hermanas, Anaïs, Marguerite y Alix, llegan demasiado tarde, para ser las compañeras de juego de su hermano, quien, como todo noble bien nacido cuya fortuna no es suficiente para permitirle vivir de sus tierras, integra una escuela de oficiales. Jean no llega a acostumbrarse y

la abandona antes de finalizar los estudios, para volver a Le Mans y trabajar en la compañía de seguros de su padre. Esto es solo un medio de subsistencia: en el acta de nacimiento de su hijo, prefiere declararse sin profesión.

Enviado por negocios a Lyon, Jean de Saint-Exupéry es bien recibido por una pariente lejana, la condesa de Tricaud, nacida Lestrangle. Viuda de un rico industrial, reparte su vida entre su vasto apartamento de la plaza Bellecour y su propiedad del Bugay, donde se instala desde la llegada del verano. Se confiesa todos los días y, en San Mauricio de Rémens, al final de la cena, los invitados deben ir a la capilla anexa al castillo para la oración de la noche, que ella comienza al levantarse de la mesa, de suerte que la termina en el mismo momento en que se arrodilla ante el altar, para persignarse y volver al salón, donde la esperan licores y algunos dulces. Caritativa por la religión y al extraer de su filantropía una autoridad que ella considera infalible, la señora de Tricaud solo lee diarios conservadores, tiene la casa abierta al mediodía y ocupa su tiempo con los dominós y el bridge. No le gustan los animales, con excepción de sus pequeños canarios enjaulados. Tampoco le gustan los niños que ponen la casa patas arriba, que destruyen todo a su paso, berrean de la mañana a la noche y no obedecen jamás, a pesar de los castigos. Al haber perdido en 1869 a su única hija, Marguerite, llevada por una meningitis a los cuatro años, la señora de Tricaud vierte su afecto en los hijos y nietos de sus hermanos y hermanas, con preferencia por las niñas. Amadrina a su sobrina Marie y se encarga de su educación. Le hace abandonar el castillo de La Môle, donde su padre, el barón Charles de Fonscolombe, no muy próspero, cría a sus cuatro hijos dentro de un espíritu rousseauniano: les enseña solfeo y los instruye haciéndoles descubrir las maravillas de la naturaleza.

En Lyon, la señora de Tricaud inscribe a Marie en el colegio del Sagrado Corazón, donde, desde hace medio siglo, en el imponente palacete de Fleurieu, situado a dos pasos de la plaza de Bellecour, las monjas de la Congregación de los Hijos de María se ocupan de la educación de las jóvenes de buena familia. Cuando su ahijada está en edad de casarse, la señora de Tricaud le busca un marido conveniente. Le presenta a Jean de Saint-Exupéry.

Él es noble, ella también.

Establecido en el Var, a finales del siglo XVIII, Charles de Boyer de Fonscolombe, barón de La Môle, se había casado en 1810 con una mujer joven, de origen italiano: Émilie de Cotto di Coti, heredera de una rica familia piamentesa. Su hijo Charles Henry de Boyer de Fonscolombe (1840-1907) se une en 1873 a Alice de Romanet de Lestrangle. Tiene cuatro hijos: Marie, la madre de Antoine de Saint-Exupéry; Madeleine, que llevará una vida excéntrica y solitaria; Hubert, quien sirve en los zuavos pontificios, luego casado con la hija del barón Ruffo de Bonneval La Fare y, finalmente, ese divertido y simpático “tío Jacques” quien, con su pequeño bigote en cepillo y sus cabellos cuidadosamente divididos por una raya al medio, seduce en Rusia a una plebeya, Elena Nicoláievna Popovna, a la que hace su mujer. Fue una unión tan descabellada como el matrimonio, una treintena de años más tarde, de Antoine de Saint-Exupéry con Consuelo Suncín, la muy extravagante hija de un rico propietario salvadoreño de cafetales.

La familia mira con ojos circunspectos a estas mujeres llegadas de otros lugares.

Jean de Saint-Exupéry tiene treinta años; Marie de Fonscolombe, veintiuno. Se casan el 9 de junio de 1896, en el castillo de San Mauricio, y se establecen en Lyon, en el tercer piso de la rue Peyrat 8, a dos pasos del domicilio de la señora de Tricaud, quien,

con más de sesenta años, autoritaria y posesiva, piensa en ocuparse de la felicidad de sus jóvenes protegidos. Su fortuna, que le permite ser generosa, y la gratitud de Jean y de Marie, que parecen tener caracteres dulces y complacientes, dejan suponer una vida apacible y aburrida, en una holgura modesta. Marie Madeleine nace en enero de 1897; Simone, en enero del año siguiente.

En ese apartamento de la rue Peyrat, el 29 de junio de 1900 nace Antoine Jean-Baptiste Marie Roger de Saint-Exupéry. Es bautizado el 15 de agosto, en la capilla del castillo de San Mauricio, y tiene por padrino a su tío, Roger de Saint-Exupéry, conde de Miremont, y por madrina a su tía, la baronesa Madeleine de Fonscolombe.

La vida de Jean y de Marie de Saint-Exupéry sigue su curso sin problemas, y sin acontecimientos, excepto los nacimientos, en 1902, de un segundo hijo, François, y en 1903, de una tercera niña, Gabrielle.

Luego, llega el golpe del destino.

El 14 de marzo de 1904, Jean, quien va con Marie al castillo de La Môle, en el macizo de los Moros, a la casa de sus abuelos, tiene un ataque cerebral en la estación de La Foux. La intervención de un médico que se encuentra allí por azar no puede salvarlo. Muere sobre el andén y es enterrado en La Môle.

La señora de Tricaud tiene una razón más para ocuparse de su ahijada, quien se vuelve a encontrar, a sus veintiocho años, sola y sin recursos, a cargo de cinco hijos de corta edad. Esta tiene una razón más para dejarse proteger por una pariente rica y generosa, que la acoge en su casa con sus hijos, a los que lleva al campo. En San Mauricio de Rémens, donde la tía Tricaud posee doscientas cincuenta hectáreas de tierra cultivable y una mansión rural del siglo XVIII, menos imponente que el parque rodeado de un muro,

atravesado por una puerta cochera, donde a los niños les gusta escalar la reja de hierro forjado, por lo general, impulsados por Antoine, quien no es lo que se dice un niño sensato y obediente.

Con una vivacidad burbujeante, Antoine saca provecho de los pasillos revestidos, que atraviesan de parte a parte el castillo y ofrecen vastas pistas de deslizamiento. Le gusta escalar los muebles pesados de las habitaciones de techos altos, que le son abiertas. Disfruta de bajar las escaleras de cuatro en cuatro escalones para volver al jardín, donde se pierde en los matorrales y se sube a los tilos y a los viejos abetos.

Siempre corriendo, con las rodillas y los codos con raspones, siempre ocultos debajo de vendajes demasiado sacudidos para mantenerse en su lugar, Antoine reina sobre sus hermanos y hermanas, que lo llaman “el Rey Sol“. De manera continua, inventa juegos que exigen a los demás abandonar los suyos para seguirlo. Sus hermanas mayores resisten. Tímida y reservada, Marie Madeleine se divierte con rompecabezas gigantes, álbumes de tarjetas postales y herbarios, donde clasifica las plantas recogidas durante sus paseos, hasta el día en que le llega la idea de que estas pueden sufrir cuando las arranca. En lo sucesivo, prefiere recoger granos para alimentar a los pájaros y se muestra muy ligada a los animales de la casa; entre ellos, un asno que a los niños les gusta montar y que los arroja al suelo, obstinadamente. Más alegre e incluso despreocupada del consejo de su hermana mayor, que la encuentra demasiado excitada, Simone llora cuando las dalias se congelan o si un gatito muere. Se consuela al inventar historias que no se parecen a las de los Evangelios, que les cuenta su madre o las de los libros, que esta tiene la costumbre de leerles a sus hijos. Para entretenerse, Simone se encierra en su cuarto, con cajas de crayones de colores, y se ocupa en redactar diarios ilustrados.

A pesar de la diferencia de edad, los cinco niños forman una “tribu“, y la propiedad de San Mauricio, lo bastante extensa para ofrecer, a cada uno, espacios de libertad, que les permitan volver a verse para jugar, se convierte en un país mágico, del que Saint-Exupéry no deja de invocar los milagros: los fabulosos sillones de cuero del vestíbulo; los tíos, que atravesaban el pasillo y cuya conversación solo era perceptible en fragmentos, misteriosos “como el fondo del África“; las inmensas bibliotecas vidriadas; el sacrosanto salón donde se juega al bridge, y luego, en su habitación del segundo piso, la pequeña estufa prodigiosa.

Jamás nada me tranquilizó tanto sobre la existencia. Cuando me despertaba por la noche, roncaba como un trompo, y fabricaba buenas sombras en la pared. No sé por qué pensaba en un caniche fiel. Esa pequeña estufa nos protegía de todo.

Antoine debe esperar algunos años antes de hallar mejores compañeros de juego que sus dos hermanas mayores, que encuentran inconvenientes y peligrosos sus arranques, a veces recompensados por algunos golpes de una vieja chancleta, de los que se servía su madre para imponer una autoridad disminuida por una dulzura demasiado grande. Tan pronto alcanza la edad para hacerlo, François, su hermano menor, le muestra un afecto enorme, lo que no impide refriegas continuas, olvidadas en el momento siguiente, para encenderse más a la primera ocasión, con tirones de cabello, golpes de puño y patadas, vestimentas rasgadas y gritos que resuenan en toda la casa. Los dos muchachos hacen rancho aparte, con su hermanita Gabrielle, Didi, siempre dispuesta a seguirlos. Antoine está muy ligado a ella. Solo ella está autorizada a entrar en su habitación e incluso a poner un poco de orden



en ese ambiente caótico que dice mucho sobre el fervor del niño, seducido, desde hace poco, por otra ocupación que lo excita de otro modo: libros diversos, a menudo incomprensibles, pero atractivos por sus cubiertas o sus ilustraciones, hurtados de la gran biblioteca de la sala de estar, andan rodando sobre los muebles, atestan la cama y recubren el suelo por pilas.

Antoine oyó atento las historias de su madre. La perseguía, provisto de su banquito, con la esperanza de hacerla renunciar a sus ocupaciones, para que tomara un libro y, sentada en un sillón, con él a sus pies, le leyera alguna de esas historias maravillosas, cuyos héroes se convertían, luego, en sus compañeros de juegos. Él miraba a hurtadillas las páginas cubiertas de signos, que no se parecían en nada a eso que contaban, pero cuyo secreto, un día, le enseñó su madre. Se deslumbró:

A los cuatro años y medio, yo ardía de deseo por leer un verdadero libro. Había encontrado, en el fondo de un viejo baúl de madera, lleno de catálogos y de prospectos amarillentos, un folleto sobre la fabricación del vino; y por más incomprensible que fuera para mí, lo leí desde la primera hasta la última página: cada palabra me cautivaba. Ese fue mi primer libro.

En adelante, los juegos en el jardín lo ocupan menos. Si bien frecuenta siempre las casas hechas con una tabla fijada entre dos ramas o disimuladas entre las matas de lilas, si no se libra de las lecciones de violín o del placer de disfrazarse y hacer teatro con su hermano, sus hermanas y otros niños invitados a San Mauricio, Saint-Exupéry dedica las horas que pasa en su habitación o en la sala de estar a la lectura. Los primeros autores que lo fascinan son Hans Christian Andersen y Julio Verne. Es comprensible;

él también sueña con hazañas extraordinarias y con inventos que le permitan cumplirlas. Diseña los planos de una bicicleta voladora, que realiza con la ayuda del carpintero del pueblo, sin lograr, jamás, hacerla despegar y, al haber obtenido un pequeño motor a nafta, que había pedido con insistencia, juega con ella durante largo tiempo, antes de que explotara en la cara de François, por fortuna con lesiones leves, lo que puso fin, de manera provisoria, a estas actividades peligrosas.

Saint-Exupéry se consuela con escapadas en bicicleta, acompañado por su hermanita, que le sirve de cobertura, hasta Ambérieu, a unos seis kilómetros del castillo de San Mauricio, donde los industriales lioneses construyeron un aeródromo. Allí experimentan modelos de aviones, especialmente el Berthaud-Wroblewski, el primer aparato totalmente metálico. Antoine se convierte en un *habitué* de los hangares, muy interesado por los motores y por esas maravillosas máquinas voladoras. Curiosa por conocer las preocupaciones de su hijo, Marie de Saint-Exupéry va, también, muchas veces, a Ambérieu, donde es recibida con deferencia. Mentiroso empedernido, Antoine aprovecha: simula tener el permiso de su madre para dar una vuelta en avión. Gabriel Wroblewski se deja convencer y, el 7 de julio de 1912, lo lleva en su aparato. Antoine de Saint-Exupéry prueba, por primera vez, los placeres del vuelo. Está encantado, sin sospechar, quizás, el peligro: poco tiempo después, los hermanos Wroblewski se matan, al estrellarse con su aparato volador.

Desde hace ya tres años, Saint-Exupéry no vive más en Lyon, donde había comenzado su escolaridad, en la Escuela de los Hermanos Cristianos. Ahora vive en Le Mans, adonde su madre se mudó, en 1909, para darle a Fernand de Saint-Exupéry la posibilidad de ver crecer a sus nietos; quizá, también, para sustraer

a sus dos niños, demasiado inquietos, de las limitaciones de un apartamento donde, a la edad de casi ochenta años, la tía Tricaud protege su tranquilidad. Marie de Saint-Exupéry, que a menudo deja a sus hijos bajo la vigilancia de su suegro, para encontrarse en Lyon con sus hijas, que viven siempre en la casa de la condesa de Tricaud, alquila un apartamento modesto, en el número 21 de la rue Clos-Margot, cerca de la escuela de los jesuitas, donde Antoine de Saint-Exupéry no brilla ni por su asiduidad, ni por su disciplina. Es desobediente y distraído. Su pupitre está en desorden; sus dedos, sucios de tinta; sus notas, bajas. Con frecuencia regresa a la casa con el corazón ensanchado, feliz, cuando su madre está allí para borrar su pena. Le escribe, diez años más tarde:

Cuando era chico, volvía con mi gruesa cartera sobre la espalda, sollozando, por haber sido castigado, usted recuerda, en Le Mans, y nada más que abrazándome, me hacía olvidar de todo. Usted era un apoyo todopoderoso, contra los vigilantes y los padres prefectos.

Se comprende bien por qué Antoine está tan triste cuando ella está ausente. Le escribe cartas afectuosas, sin contarle las agarradas con sus compañeros, que se burlan de su carácter lunático y de su naricita respingada: ¡lo llaman “pincha la luna”!

A los trece años, Antoine hace con sus compañeros un diario, del que se reserva la primera página y el título: *Poesía*. Los buenos padres no aprecian la iniciativa, que le vale varias horas de castigo. El poeta en ciernes persevera con producciones que, sin ofender demasiado el buen gusto, no permiten presagiar ningún talento literario. Es cuestión del hombre que “feliz de haber vencido a la bestia / Se levanta lleno de orgullo y alza la cabeza” y de

los consumidores que, “augustos, puntuales y graves”, aprecian la luz del “sol que se alza desde las cavas”... Sucede lo mismo con un pequeño ensayo, de 1914, que nos ha quedado, *La odisea de un sombrero de copa*, apreciado, según parece, por su profesor de retórica, a pesar de las demasiado imperdonables faltas de ortografía.

Sin embargo, el joven Antoine de Saint-Exupéry considera sus versos lo bastante notables para que sean mostrados a Odette de Sinety, hermana de uno de sus compañeros de clase y prima lejana. En el castillo de Passay, a unos veinte kilómetros de Le Mans, propiedad de los padres de Odette, donde tienen lugar las lecciones de danza, repelido por un ejercicio que lo aburre, al punto de ser sospechado de exagerar su torpeza en forma deliberada, Saint-Exupéry la persigue para recitarle los poemas que le dedicó. Halagada, guarda los manuscritos, sin ocultarle al autor que ella encuentra ese pasatiempo tan prematuro como fastidioso.

El 2 de agosto de 1914, la guerra interrumpe sus regocijos infantiles.

El tío Roger, quien, después de la muerte de su hermano Jean, se había esforzado por reemplazarlo frente a sus hijos, muere en el frente.

Marie de Saint-Exupéry toma a su cargo la enfermería del hospital de campaña, instalado en la estación de Ambérieu. Hace ir a sus dos hijos cerca de ella, los inscribe en un colegio de Villefranche-sur-Saône, y luego, en el otoño de 1915, los pone como internos en la Villa San Juan, un establecimiento escolar dirigido por los marianistas, en Friburgo, Suiza, adonde va cada vez que puede. Parte en tren por la mañana, desde Lyon, y llega por la noche a Friburgo, para pasar el domingo con sus hijos, que sufren cada vez que algún impedimento la obliga a cancelar su viaje. El 21 de febrero de 1916, Antoine le escribe:

François acaba de recibir su carta, donde dice que usted no viene más ¡hasta principios de marzo! ¡Nosotros, que estábamos tan contentos de verla el sábado! ¿Por qué lo retrasa? ¡Eso nos habría dado tanto placer!

Aunque se pueda fumar y escuchar música en los dormitorios, la vida en la Villa San Juan no es, en absoluto, más agradable que en otras instituciones escolares. Un programa a la inglesa hace alternar numerosas actividades deportivas con las horas de estudio. Eso no satisface más que a medias a Saint-Exupéry, quien deplora la prohibición de aprovechar el parque, donde querría refugiarse para leer. Es guardameta, buen esgrimista y satisfactorio en las pruebas de atletismo, pero todas las demás actividades físicas le repelen. Los libros lo ocupan tanto, que solo le queda poco tiempo para preparar sus clases.

A los quince años, descubrí a Dostoievski, y fue una revelación formidable: enseguida sentí que había entrado en contacto con algo enorme, y me puse a leer todo lo que él había escrito, un libro después del otro, como lo había hecho con Balzac.

Por la misma época, toma gusto por la poesía, de la que hasta entonces no tenía, dice, más que una comprensión escolar, con poca capacidad para conmovirlo. Frecuenta algunos grandes poetas, pero también algunos autores de moda, por los que tiene una admiración pasajera: “Veneraba a Baudelaire, y debo confesar, con vergüenza, que había aprendido de memoria todo Leconte de Lisle y todo Heredia, así como Mallarmé. Aún hoy, no reniego de ese último”.

Con sus ahorros, Antoine se compra una cámara de fotos. Reduce todavía más el tiempo dedicado al estudio y se interesa tanto en la toma de imágenes como en la forma de funcionamiento de esa maquinita, que se complace en desarmar y rearmar, para adivinar sus secretos. Practica mucho el violín, y le pide a su madre que le envíe discos de música clásica.

Los escucha en compañía de algunos amigos, que también comparten sus gustos literarios. Había conocido a Louis, el hijo del conde de Bonnevie de Poignat, y de la condesa Marie de Vergnette de Lamotte, del tiempo en que frecuentaba, en Lyon, la Escuela de los Hermanos Cristianos, pero es ahora cuando descubre su inteligencia, su corazón, su sentido del deber. Tienen largas discusiones literarias y filosóficas. Durante un paseo por los alrededores de la ciudad, Antoine se hace un esguince. Louis lo socorre con tal solicitud, que su amistad se encuentra sellada para siempre. No será larga: se ven, a menudo, en París, donde Louis es alumno de la Escuela Central, y luego de la Escuela de Aplicación de Artillería, de Fontainebleau. Al finalizar sus estudios, Louis de Bonnevie es afectado a Marruecos. En septiembre de 1926, recibe la cruz de guerra; el 10 de marzo de 1927, muere de tifus en Marrakech. Otro compañero, Marc Sabran, no es más afortunado. Ese muchacho sensible, que ama tanto la música como la literatura, que ejecuta, en el piano, las obras de los nuevos compositores, Debussy y Ravel, y cuya conversación es tan enriquecedora, también elige la carrera de las armas. Muere en Tánger en 1928.

“¿Sabes? Subí a un avión. Es formidable”, le cuenta Saint-Exupéry a Charles Sallès, en el comedor de la Villa San Juan, al tiempo que le habla sobre las sensaciones extrañas de esta aventura insólita para la época. Su compañero lo escucha con tal atención, que le vale, luego, ser solicitado para que dé su opinión sobre las

primeras producciones literarias de su amigo, poemas convencionales, imitaciones torpes de los poetas simbolistas, lo cual, finalmente, tiene poca importancia, porque la función de ellos es, principalmente, hacer conocer los sentimientos amorosos del autor, a varias jovencitas, que reemplazaron, de manera confusa, en su corazón, a la insustituible Odette de Sinety.

Los padres marianistas, cuya congregación data de principios del siglo XIX, ejercen su misión en el espíritu de la época, que es el del conocimiento científico y el del optimismo positivista, que debe oponerse a las tentaciones ateístas a través del diálogo y de una fe comprensiva y tolerante. En la Villa San Juan, las horas de religión son menos numerosas que las de griego o latín, y en la clase final, la enseñanza religiosa se integra al curso de filosofía. Antoine de Saint-Exupéry se somete a los obstáculos habituales de una escuela religiosa, y se confiesa con regularidad, pero parece haber perdido la fe. Eso sugiere la biografía de Stacy de La Bruyère, cuando evoca, sin dar referencias, una carta de Antoine de Saint-Exupéry a su madre, que no aparece por ninguna parte; es lo que afirma Nelly de Vogüé [Pierre Chevrier], cuyo testimonio, que se apoya, quizá, sobre confesiones directas, no se puede desestimar. ¿Se debe a la enseñanza dispensada? ¿A un movimiento interior independiente? O, quizá, a la muerte inesperada de su hermano François, tan raramente evocada, que parece haber sido una herida demasiado dolorosa para ser reavivada, a menos que lo exigieran circunstancias excepcionales.

Cuando, en 1917, los dos hermanos vuelven a Friburgo, después de las fiestas de fin de año, que habían pasado con su madre y sus hermanas, en Divonne-les-Bains, François pierde su abrigo. El invierno es duro, pero avergonzado de reconocer su negligencia, simula no tener frío. Los supervisores lo advierten y le prohíben

salir sin cubrirse, pero es muy tarde: François es hospitalizado por un ataque de reumatismo. Su estado no mejora y, en Pascuas, es trasladado a Lyon. Los médicos constatan que el reumatismo articular le afectó el corazón. François se marchita lentamente hasta extinguirse el 10 de julio, no sin legarle a su hermano mayor una herencia apremiante:

Una mañana, alrededor de las 4, su enfermera me despierta: “Su hermano lo llama”. “¿Se siente mal?”. Ella no responde nada. Me visto de prisa y me reúno con mi hermano. Me dice, con una voz normal: “Quería hablarte, antes de morir. Voy a morir”. Una crisis nerviosa lo crispa y lo hace callar. Durante la crisis, hace “no”, con la mano. Y yo no comprendo el gesto. Imagino que el niño rechaza la muerte. Pero cuando llega la calma momentánea, él me explica: “No te asustes..., no sufro. No tengo dolor. No puedo ayudarme a mí mismo. Este es mi cuerpo”. Su cuerpo, territorio extranjero, y ya otro. Pero este hermanito, que sucumbirá en veinte minutos, desea ponerse serio. Expresa la necesidad apremiante de trascender en su herencia. Me dice: “Quisiera hacer mi testamento”. Se sonroja, está orgulloso, por supuesto, de actuar como un hombre. Si fuera constructor de torres, me confiaría su torre, que hay que edificar. Si fuera padre, me confiaría a su hijo, al que hay que educar. Si fuera piloto de avión de guerra, me confiaría los papeles de a bordo. Pero no es más que un niño. Me confía solo un motor a vapor, una bicicleta y una carabina. [...] Mi hermano me dijo: “No olvides escribir todo esto...”. Cuando el cuerpo se deshace, lo esencial se muestra.